

El maestro del taller, Pedro Candelas, es el del fondo que tiene un perro entre sus manos. Los demás son los oficialés de la botería que están en plena labor, e Isidro Barbero que los contempla con trazas de fraile capuchino, embarbado, emboinado y engabanado como nunca.

El local de la instalación no ofrece dudas por la construcción de sus paredes, con piedras berroqueñas vistas y tapadas las uniones con argamasa, cosa que solamente se veía en la estación u obras relacionadas con ella, como esta bodega llamada de la fonda porque la hizo Murillo el fondista o la de Ribas, por pertenecer a uno de los principales empresarios del ferrocarril, popularmente conocido por el Marqués de Mudela. Por ese tiempo vinieron los pellejeros y se instalaron frente por frente de la bodega, ocupándose los huecos que quedaron al cambiar al paseo la puerta de la estación.

En esta botería, propia de la bodega, solo se ven pellejos de los usados para el vino, pero el botero hacía además otros envases, sobre todo botas que las había en todas las casas y no una sola, de azumbre, de media azumbre, de quartilla, por aquello de no vayas sin bota al camino y cuando vayas no la lleves sin vino y si sabe a la pez bebe otra vez.

La magnitud del taller es también superior a los demás conocidos, señal de no estar hecho para eso, es un oficio que necesita poco taller y poca herramienta, por trabajarse mucho a mano y a la intemperie. Son sin embargo claramente apreciables en la fotografía los enseres fundamentales, los banquillos, las guadañas y sus manejos, las tijeras de esquilar y los grandes mandiles usados por los boteros, largos hasta el suelo, con petos hasta el cuello, hechos por ellos mismos aprovechando las pieles estropeadas.

Además de los mandiles, que solían ser duraderos, las pieles defectuosas o sus retales se aprovechaban para hacer botas de la capacidad que permitieran los trozos. A las grandes les ponían una boca de madera llamada brocal, que se ataba a la piel como las botanas. Doblando el cuello de la bota o apretándole en la panza, se llenaba de vino el brocal y se bebía a tragos, tapándose después el agujero con un taquillo de madera. A las botas pequeñas les ponían bocas de cuerno muy pequeñas de dos piezas, una atada a la piel y otra que entraba a rosca en la fija y se bebía a chorro tapándola con un taponcillo.

De la piel de los cabritillos y de la de los gatos hacían botillos muy graciosos, sin costuras y viéndose las cuatro patas o piezgos, porque se desollaban desde el cuello y salían enteras las pieles, las de los gatos de dos o tres litros y las de los cabritos de ocho o diez, sin más señal exterior que la correspondiente al ojo del culo donde se le ponía una botana.

Muchas cosas de la vida nos pasan casi inadvertidas a fuerza de tanto verlas, hasta que alguna circunstancia inesperada nos hace fijarnos y comprender su importancia y ahora me acuerdo de que cuando nuestras mujeres cuidaban tanto su honestidad que ni en el mes de agosto se atrevían a estar en chambra, se cubrían por encima de ella con una toquilla fina que llamaban de pelo de cabra, que también harían falta unas pocas para lo que se necesitaba. Pues bien, esto de las cabras que en Alcázar era motivo de un pastoreo menor, de poco rendimiento, considerado en general tenía muchísima importancia y en cuanto a la botería la absorbía íntegramente, sin elevarnos a las especies montañosas de